

Retrato de unos libros prematuros

JUAN MANUEL PARDELLAS

- Se había preparado a conciencia para ser escritor
- *El Tíbet* podría significar mucho más que *La Guancha*. *El Tíbet* era él mismo en el mundo mediocre que nos ha tocado padecer

No sé cuándo fijar la fecha exacta en que estos libros quedaron inacabados. Pudo ser cuando su autor orgasmeaba con ellos en la soledad de su cabeza o cuando escribía compulsivamente en cualquier superficie servilletas, hojas, cuadernos, pc... (¿ alguna mujer guarda mensajes que garabateara con sus dedos en su espalda, en sus piernas, en su vientre?, localíceme, por favor). Qué más da. Pero es que sí da. Es capital conocer este cuándo. Algunos de los más de cincuenta escritores del universo *carlosalvadoriano* reconocen sin ambages que quien se toma la molestia de escribir, de escribir literatura que es de lo que se habla en estas páginas, lo hace con el inconfesable (a veces crematísticamente confesable) afán de ser leído. Entonces, la pregunta variaría. Ser leído ¿por quién?, ¿por el propio autor en una práctica constante del onanismo intelectual?, ¿por cuántos más?

Carlos Salvador se había preparado a conciencia para ser escritor. Para ser más exactos, puede incluso que sin perseguirlo, lo habían preparado a conciencia sus padres Salvador Pérez y Aurora Estévez, ambos maestros. Maestros de la vida. También de lo otro (no hay más que comprobar la legión de hijos que esta pareja fecundó durante treinta años desde La Laguna hasta La Guancha, Icod y Las Palmas). Pero, sobre todo, maestros de la vida. Con crítica, con preguntas constantes, con disciplina, ora espartana ora laxísima, con amplitud de miras... Por eso, *El Tíbet* podría significar mucho más que *La Guancha*. *El Tíbet* era él mismo en el mundo mediocre que nos ha tocado padecer.

Y tampoco podemos definir a Carlos Salvador como un autor novel. Será para las editoriales, para el contemplador de escaparate o el ratón de biblioteca. Pero las formas que se adivinan en sus textos provienen de más de doce años de oficio, escribe que te escribe, días, sobre todo noches, muchas madrugadas. Y eso se nota, pero no se sabe. García Márquez confesaba que cada página de *Cien años de soledad* había sobrevivido a una criba de otras cien páginas anteriores. Cada página suya era mucho más que el resultado de las teorías de Darwin, si se pudieran aplicar al arte de escribir. Eran el fruto de la benevolencia de un dios implacable. Los *Dioses para cinco minutos* de Carlos Salvador nos hacen entrever que cada frase también sufrió su Faluya propia hasta lo que ahora encontramos. Primero, el proceso mental. Luego, los borradores, la misma frase escrita en mil lugares hasta metabolizarla como el alcohol en sangre. Finalmente, el exilio de una gaveta al que su propio autor las sometió, la fosa común de sus creaciones que sus padres exhumaron en Guía de Isora, con sentimientos equívocos, mitad alegría del explorador en la cámara egipcia, mitad dolor, como el que sienten ahora las víctimas y familiares de nuestros propios hutus y tutsis de nuestra incivil guerra del 36. Más adelante, los temores de qué hubiera querido él y, tras leer cada línea, el descubrimiento de lo bien hecho y la necesidad de hacer justicia.

Un paseo por un parque madrileño y los sabios consejos de la amiga y doctora Montserrat Lázaro del Nogal fueron definitivos para decidir su publicación. Sus padres, de nuevo ellos, siempre ellos, trabajaron tantas noches como días hasta dudar qué se consumía más, si la pantalla del ordenador o sus propios ojos convertidos desde entonces en buzos desorientados. La cuidada edición que honra la colección de Carlos Salvador respeta la originalidad de sus textos. Ante la imposibilidad de discutir con el autor algunos asuntos de semántica, gramática, ortografía, un acotado club (el amigo Juan José Rodríguez, el pensador Carlos Robles, el matemático Luis Balbuena, la propia doctora y profesora del Nogal y yo) decidió fidelizar los textos tal y como fueron descubiertos. El apoyo de Ediciones Idea fue definitivo, donde hubo mucho de empeño personal por parte de Francisco Pomares. Había que decidir los prologuistas: Montalbán en todos, hoy arriba, a la vera de Carlos y Beatriz; Haro Tecglen por admiración desde la revista Triunfo, la columna de El País y *La Ventana*; Juan Cruz, por coherencia personal y tantos lazos desde que dictara sus crónicas por teléfono a *Paladín* en

el viejo semanario *Aire Libre* y Alfonso González Jerez, porque su columna no faltaba en la reunión familiar de los últimos años. Todos dijeron un sí maravilloso. Finalmente, cuando el libro se hizo libro y lo tuve entre mis manos, supe que uno nunca sueña demasiado, ni siquiera suficiente.

Por todas estas razones, estos libros nacieron inacabados, prematuramente. Frases surgidas de la mente de un viejo postadolescente. Sólo él sabe cuánto tiempo pasó hasta que se encadenaran. Primero, una: "Yo, peor que muerto, inacabado". La siguiente: "Más desespera quien ya nada tiene que esperar". La espeluznante revelación de la página 173: "Morir rejuvenece: Los quiero a todos un montón, y así han de entender esta decisión, aunque al principio los suma el llanto y el desconcierto (¿o no?), como un favor de amor que les hago, porque si persistiera en la vida habrían de soportar las bestialidades de mi futuro enfermizo. Lo siento. Es mi fracaso personal. Tal vez esto se publique a mi muerte. No podré saber ni de reacciones ni de ventas. Aquí no me llegan noticias". Y el inesperado final que no cuento.

Un día como hoy sólo tiene tres músicas: *Exótica*, de Cabeza Borradora, los Guns N´Roses interpretando el clásico de Dylan *Knocking on Heavens door* y, fuerte, estridente, el himno del Aleti.